BILINGÜISMO E INTEGRACIÓN

COMENTARIOS HISPANOAMERICANOS

A Gloria Bravo Ahuja y
Beatriz Garza.

I. CONTACTO Y MESTIZAJE

Los problemas de coincidencia de lenguas suponen muchas veces el proceso inmediato de integración de una comunidad en otra y su pérdida como entidad independiente. En el plano individual, la absorción del hablante por una cultura que estima superior [1]. Tantos cuantos matices establezcamos, nos encontraremos con estos hechos: individuo captado por necesidades de convivencia, comunidades que cambian de cultura. Lo que —en el mejor de los casos— era un problema histórico en el siglo pasado, cobra hoy un carácter de dramatismo inmediato: ya no se trata de observar fríamente qué ha ocurrido y deducir unas consecuencias con las que podamos reconstruir una parcela de historia, sino de algo mucho más inmediato: el investigador tiene bajo sus ojos realidades vivas, que pugnan por no morir o que necesitan integrarse en una sociedad mucho más amplia para cumplir, en ella, su misión de hombres. No trato de los problemas de bilingüismo exclusivamente —permítaseme— «lingüístico»; porque en un plano de paridad, las dos culturas en contacto

[1] Uriel Weinreich ha llamado observación *microscópica* a los fenómenos de contacto en individuos bilingües y *macroscópica* a la acción de una lengua sobre otra (*Unilinguisme et multilinguisme,* apud A. Martinet, *Le Langage,* Paris, 1968, pág. 654). Me ocuparé solamente de la segunda de estas modalidades.

se realizan y cada una de ellas es un logro que florece exento e híbrido. El bilingüismo suscita entonces no sólo los problemas inherentes al contacto, sino otros más profundos de integración. Lógicamente, problemas de este tipo han interesado en los países de América en los que su propio ser histórico es —hoy por hoy— el resultado de pasar de una cultura a otra. Lento proceso de quehacer patriótico que, si resuelto en determinados niveles, exige —aún— la incorporación de muchas gentes que no tienen conciencia nacional, porque no han cambiado su cultura.

Uno de los grandes filólogos de Hispanoamérica, Ángel Rosenblat escribió una pensada y profunda investigación sobre el mestizaje en el Nuevo Mundo. Son páginas que exigen muy hondas meditaciones. Quiero —tan sólo— traer al filo de estas líneas un manojo de frases que nos sitúan, violentamente, en el problema lingüístico:

> Hay todavía un millón de indios en Méjico que no saben hablar español y que usan lenguas propias como único medio de comunicación. Es decir, hay un millón de mejicanos que no saben que son mejicanos [2].

Resulta, entonces, que el problema de la integración nacional se reduce en muchos casos a un problema de bilingüismo. Es ésta una faz distinta de otra en la que se ha insistido mucho: la de las lenguas en contacto. Porque, en las naciones de Hispanoamérica, el contacto se produce, la interferencia afecta a los sistemas en contacto, pero —además— exige unos planteamientos que llevan a la redención de muchas almas que viven en condiciones infrahumanas. El «trauma» de la conquista afectó a sociedades enteras con todo lo que ello significa, pero condicionó una evolución distinta de pueblos que vivían en otras culturas; así, mientras las gentes que habitaban las ciudades se incorporaban —por procesos más o menos largos— a la cultura de los conquistadores o creaban esa especie de mozarabismo o mudejarismo americano, que en Méjico se ha llamado *tequiti* [3], las colectividades rurales seguían con sus viejas ordenacio-

---

[2] *La población indígena y el mestizaje en América*, I, Buenos Aires, 1954, pág. 31.

[3] Creo que fue Moreno Villa quien empleó el término con referencia al arte hispánico condicionado por las formas indígenas, recuérdese, por ejemplo, la portada de la iglesia de San Francisco en Cuernavaca. En náhuatl, *te quiti*

nes, pero reducidas a un proceso puramente vegetativo. Se descompasó, pues, totalmente el caminar de la historia: mientras las gentes que se europeizaban progresaban en el nuevo sentido, las que se mantuvieron fieles a su cultura autóctona se anquilosaron por faltarles los medios idóneos que les hubieran permitido su evolución. Esta falta de coherencia llevó a pensar en la redención de los indios por una incorporación a la vida nacional, la «desindianización», como dijo Rosenblat.

Quedan señalados los caracteres que el bilingüismo tiene en América; en el plano estrictamente lingüístico, la situación se da en todos los sitios donde hay una sociedad minoritaria [4]. Claro que las formas en que se cumplan los dos procesos (el de lenguas enfrentadas y, su consecuencia, el de la absorción de la pequeña comunidad por la grande) variará en cada caso, pero no dejará de tener caracteres semejantes. En un trabajo reciente, me he ocupado del enfrentamiento en territorio peninsular de dos lenguas: castellano y catalán. Pero su encuentro no se limita a la colisión de dos estructuras cerradas, sino que el paralelismo con los hechos de América se cumple en una pequeña zona marginal donde se distiende la tensión centrípeta del catalán [5]. Son hechos —en sí— totalmente distintos, pero su realización lingüística, afín. Las lenguas indígenas, sin el apoyo de una estructura política que les dé coherencia y las vitalice, se convierten en naves al garete, incapaces de resistir todo el aluvión de fuerza que les viene bajo la forma de coerción estatal, de necesidades comerciales, de exigencias para ascender a una vida mejor, etc., etc. Convertidas en estructuras —lingüísticas, sociales— minoritarias mal pueden achicar el agua que entra por todas las

---

significa 'trabajar o tributar', *tequitiliztli* 'trabajo o servidumbre', *tequitini* 'trabajador o tributario', *tequitl* 'tributo u obra de trabajo', etc. (Fr. Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, México, 1571, edic. facsímil, Madrid, 1944, II, s. v.). Familia de voces cuyo valor social nos abruma y nos hace pensar en la falacia de la vida idílica del indio.

[4] J. Vendryes mostró las ventajas e inconvenientes del bilingüismo y concluyó en su necesidad para las clases cultas de Europa, sobre todo, de las pequeñas naciones cuya lengua se limitará a los usos locales, en tanto hará falta una lengua común para estar al corriente de la civilización general («La mort des langues», en *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris*, I, 1933, pág. 9.)

[5] «Un problema de lenguas en contacto: La frontera catalano-aragonesa» (aparecerá en el t. IX de los *Travaux* de Strasbourg).

cuadernas. Los dialectos marginales del catalán, sin protección oficial (si ésta existe, favorecerá a la lengua organizada dentro de unos límites administrativos, no fuera de ellos, porque —fuera— esas comunidades tienden a castellanizarse por razones económicas, culturales, administrativas, etc.) se encuentran en una situación semejante, por cuanto quedan al margen del centralismo catalán en tanto actúan las fuerzas centrífugas que los van arrastrando hacia la lengua nacional. Mauricio Swadesh estudió el problema con referencia a Méjico, pero el planteamiento —como problema general— tiene validez universal:

> Las sociedades humanas minoritarias que se hallan separadas de la vida oficial del país en que se encuentran son bastante variadas. Por lo tanto su reacción frente a diferentes planos de educación no puede ser completamente igual. Al hablar del impacto de la educación que se imparte en lengua vernácula, será necesario distinguir, por ejemplo entre grupos que, por razones históricas, están ansiosos por conocer la lengua nacional y los que se oponen a ello; entre los que cuentan con un porcentaje alto o bajo de bilingüismo; entre los que ya aprecian y los que todavía no entienden los beneficios de la educación; entre los que tienen confianza en el gobierno y los que lo temen [6].

Por eso, en Méjico, se han suscitado diversos programas educacionales que tienden a la captación del indio para liberarle de su servidumbre y convertirlo en fuerza activa de producción. El más reciente de los que conozco es ejemplar por muchos conceptos y ofrece no escasos motivos de comentario [7]. Y, como siempre, los hechos concretos dan pie para tratar de entender alcances más amplios.

Una comunidad pequeña inserta en otra mayor lleva a sus miembros, en efecto, a una «excesiva autoidentificación con la propia comunidad», con restricciones de todo tipo frente a la comunidad

---

[6] «El impacto sociológico en la enseñanza en lengua vernácula» (apud *El simposio de Bloomington. Agosto de 1964. Actas, informes y comunicaciones,* Bogotá, 1967, pág. 212. Citaré esta obra: *Sbloom.*).

[7] Gloria R. de Bravo Ahuja y Beatriz Garza Cuarón, *Problemas de integración,* Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca, México, 1970. Las autoras habían trabajado anteriormente en la región. De ellas son las monografías *Contribución al estudio del habla de Tuxtepec, Oaxaca,* México, 1967, y *Caracterización fonética y léxica del habla de la ciudad de Oaxaca,* México, 1967 (Obras, respectivamente, de G. Bravo y B. Garza.)

nacional. Principio que sería aventurado restringir a un solo país o a un tipo de asociaciones enfrentados, porque se trata —ni más ni menos— del concepto de «grupo»: 'conjunto de seres sociales que entablan entre sí unas relaciones sociales diferenciales'. Según esta definición puramente sociológica, el grupo «supone una reciprocidad entre sus miembros»[8] y la reciprocidad sólo se puede obtener gracias al vehículo lingüístico. Resulta entonces que el lenguaje se convierte en el arca donde se depositan todas las herencias que esa sociedad ha constituido, cofre del tesoro cultural de un determinado grupo de gentes. En la lengua se encuentra la propia identificación —frente a los demás y a lo demás—, la realización de una comunidad en lo que tiene de más intransferible, la salvación de la persona colectiva gracias a la conducta individual. A estos hábitos constituidos en formas de expresión es a los que se llama *usos* o *mores*. El lenguaje es el uso de las posibilidades de comunicación, conjunto de signos elaborado por el uso ininterrumpido de una sociedad que en él más que en cualquier otro elemento, se acierta a identificar. Resulta, entonces, que una pretensión que lleve al cambio de una lengua, atenta —fatalmente— a la destrucción de una cultura. No se trata de hacer sentimentalismo ni bucolismo: millones de seres han cambiado de lengua para incorporarse a otra cultura, cientos de pueblos se han alienado en el proceso de la historia. Hay que saber si el cambio ha dado felicidad a esos seres —infinidad de ellos ha hecho voluntariamente el trueque— o si hoy, con la única pretensión de liberarles de la esclavitud y la servidumbre, es posible hacer otra cosa. Todo es relativo y todo significa, en busca de una pretendida dicha, una cierta renuncia. Por eso las gentes que intentan salvarse en su entidad tradicional se asen a la lengua como última tabla que puede flotar sobre el naufragio, y la lengua —sólo ella— resiste los embates. Ya Von Wartburg habló de que

> las comunidades lingüistas son de duración mucho más larga que casi todas las demás formas de comunidad. Si éste es un hecho del que pocos se dan cuenta, ello se debe a la naturalidad con que cada uno arraiga en la suya[9].

---

[8] R. M. MacIver-Ch. H. Page, *Sociología*, Madrid, 1969, pág. 15.

[9] *Problemas y métodos de la lingüística* (traducción de Dámaso Alonso y y Emilio Lorenzo, anotado para lectores hispánicos por Dámaso Alonso), Madrid, 1951, págs. 386-387.

y pudo acuñar el término de *ultra-autoafirmación*, frente al de *ultra-enajenación* de Gartner: hablas engadinas y tirolesas, que ultradialectalizan su propio dialecto [10], forma de afirmarse como grupos coherentes.

No otra ha sido la suerte del judeo-español: su decadencia económica y social hizo que la lengua se convirtiera en un elemento decisivo del sentido del grupo. El capitalismo turco y griego del Imperio Otomano y, después, las burguesías de las naciones independientes llevaron a la destrucción de las comunidades independientes: absorbidas por los grupos minoritarios, los judíos conservaron su lengua como vehículo religioso —fosilizada en la liturgia o en los comentarios rabínicos— y como lazo de unión familiar, pero, en el hogar, todos los adelantos materiales fueron erosionando lo que en un principio fue estructura homogénea [11]. Esta es la situación de las comunidades indígenas en muchos países de América: la lengua prehispánica es, sustancialmente, un elemento conservador porque une al individuo con el grupo y da sentido a su existencia dentro del mismo; fuera de él, los comportamientos diferentes exigen romper las fuerzas que establecen una tensión, y no todos los individuos están dotados para ello. Sólo cuando todas las acciones exteriores han actuado en el mismo sentido, podrán someterse los últimos defensores de la tradición lingüística, o morirá con ellos —lentamente— sin que la bandera de la independencia se arríe. En cualquiera de estos casos, el vencimiento de la comunidad minoritaria no permitirá el nacimiento de lenguas mixtas o criollas, pues ya no cabe pasar de una estructura marginada a otra que se impondría a sí misma la marginación.

Esto dentro de unos planes orgánicos como los que se proyectan en Hispanoamérica. Porque —lógicamente— el aprendizaje por simple contacto producirá toda clase de mezclas e interferencias al faltar una ordenación científica de los elementos que entran en contraste. En Ecuador, por ejemplo, hay núcleos indígenas bilingües de quechua y español (unos 180.000 hablantes en 1950), pero —aún aceptando como buenas esas cifras— «lo que el censo no dice es el grado de pobreza lingüística de los núcleos bilingües», cuyo español es

---

10 *Ibidem*, págs. 49-51.

11 Vid., para todos estos, Marius Sala, *Estudios sobre el judeoespañol de Bucarest* (trad. Flora Bottom), México, 1970, págs. 12-26.

una especie de jerga castellano-quechua, difícilmente compresible por quien sólo conozca el español normal [12].

El resultado de la enseñanza de la lengua oficial —con uno u otro método, con o sin alfabetización en la lengua nativa, con simultaneidad o no en los procesos de castellanización y alfabetización— hará que durante un período más o menos largo haya bilingüismo, hasta que una lengua ceda a la otra. Lógicamente el desenlace es el mismo: en Méjico o Perú se irá imponiendo la lengua nacional; el castellano erosiana en el corazón de su propia estructura al catalán fronterizo; el judeo-español muere ante cada una de las lenguas estatales. Más o menos se realiza la tesis stalinista:

> La lingua rientra nel nòvero dei fonomeni sociali che risultano attivi per tutto il periodo dell'esistenza della società. Essa nasce e si sviluppa parallelamente alla nascita ed allo sviluppo della società. Muore insieme con la morte della società. Non esiste lingua al di fueri di una società [13].

II. LA ACCIÓN DEL COMERCIO SOBRE LA LINGÜÍSTICA

Porque la sociedad tradicional —llámese india, llámese arcaizante— ha dejado de ser operativa en el mundo actual, no puede pensarse en que los hechos se produzcan por un determinado tipo de estructura colonial. A mi ver las cosas son mucho más generales, con independencia de sus caracteres locales. Cuando los geógrafos han estudiado la existencia de unos mercados y su funcionamiento dentro de la economía regional, han dado unos informes que son totalmente solidarios de los hechos lingüísticos y que —además— ayudan a explicarlos [14]. Gloria Bravo y Beatriz Garza conocen el exacto planteamiento de los hechos («la fragmentación social ya exis-

---

[12] Humberto Toscano, «La lengua española y su enseñanza en el Ecuador», en *El Simposio de Cartagena. Agosto de 1936. Informes y Comunicaciones,* Bogotá, 1965, pág. 93. Citaré, *SCartag.*

[13] *Il Marxismo e la Linguistica,* Milano, 1968, pág. 46. Las palabras del texto las recoge Al. Graur en un trabajo en el que explica la desaparición del sánscrito o del latín por muerte de las sociedades que los hablaron; sin embargo, para este autor ninguna lengua desaparece bruscamente («Cum moare o limbă. Limbi mixte», apud *Studii de Linguistică Generală,* Bucarest, 1960, págs. 434-438.)

[14] Vid. el trabajo que cito en la nota 5, donde aduzco la bibliografía en que me baso. Ahora no es imprescindible.

tía antes de la llegada a los españoles, pues había grupos tribales que vivían al lado de sociedades muy evolucionadas») [15]. La situación de la estructura colonial no hace sino crear una nueva ordenación de los grupos pero la división de los grupos venía desde mucho antes. En última instancia, los aztecas no eran otra cosa que un pueblo conquistador, que tenía «bajo tributo a otras 371 tribus y poblados», poco propicios al yugo que se les imponía [16]. Lo que ocurre es que, igual que los nahuas marginaron a las otras culturas, la azteca fue marginada por la conquista [17]. Y entonces se cumplió el proceso al que me he referido: no hubo posibilidad de que la cultura vencida pudiera renovarse y enriquecerse, sino que se fue ruralizando, alejando de los grandes centros, depauperando en todos sus contenidos:

> La economía indígena se caracteriza por ser de autoconsumo, y es tan rudimentaria que apenas permite la supervivencia del grupo. Sobre esta economía se ha impuesto, desde el principio de la Colonia, un sistema de mercados de tipo solar. Es decir, sobre el comercio de cada pueblo, hay siempre una ciudad-mercado mestiza que controla la incipiente economía de toda una región [18].

He aquí dos hechos diferentes: la economía indígena es de autoconsumo y existen mercados que la condiciona. El primero no es otra cosa que el reflejo de la destrucción de una cultura. Las poblaciones indígenas, incapaces de resistir las nuevas técnicas de los conquistadores, se replegaron sobre sí mismas. Como consecuencia, todas las manifestaciones de la vida se empobrecieron, y el resultado recayó —también— sobre la lengua, y, si el prestigio de la cultura

---

15 *Op. cit.*, pág. 5.

16 Cortés, en la *Segunda relación* dice de las gentes de Cempeala: «eran súbditos de aquel señor Mutezuma, y según fui informado lo eran por fuerza, y de poco tiempo acá [...] y que me rogaban que los defendiese de aquel grande señor que los tenía por fuerza y tiranía, y que les tomaba sus hijos para los matar y sacrificar a sus ídolos» (pág. 26 *a* de la edic. de México, 1963).

17 La expansión azteca empezó a comienzos del s. XIV (Vid. Jacques Soustelle, «Langages et tribus indigènes au Mexique», en *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris*, VIII, 1940-1948, pág. 8). La marginación del náhuatl como lengua no tiene nada que ver con su difusión como lengua general; fue —sobre todo— vehículo de una determinada religión, que poco tenía que ver con la autóctona y, por otra parte, las imposiciones de la nueva cultura difícilmente encontrarían abono en el mundo azteca.

18 Bravo Garza, *op. cit.*, pág. 6.

que se impone ha conseguido romper las defensas del grupo tradicional, volveremos a enfrentarnos con algo ya considerado: la lengua se va haciendo insuficiente para las nuevas necesidades, se empobrece cada vez más y se convierte en un utensilio válido para un mundo afectivo de poca variedad. Si el grupo minoritario endurece sus defensas —como las esporas— encontrará en su estructura aislada la justificación de su existir, pero no podrá enriquecerse con otros contactos, y su lengua será la justificación de la autodefensa; como el mozárabe o el judeo-español, irá empobreciendo poco a poco sus propios contenidos y vivirá, hasta su extinción, como un fósil.

A mi modo de ver, este hecho es —en Méjico— independiente del «sistema de mercados de tipo solar». En el imperio azteca existían mercados de tal carácter. Las páginas que Bernal Díaz dedica a la gran plaza de Tlatelolco son una espléndida descripción de algo muy complejo: no sólo el mercado, sino la organización gremial por grupos de intereses, algo que existe en todas partes donde el desarrollo económico es muy elevado. Por eso el cronista puede decir que todo está «puesto por su concierto de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias» [19]. Cortés ha descrito «mercados de tipo solar» en Tlaxcala, Texcoco, Méjico, y sus relatos no van a la zaga del de Bernal; la distribución de las calles vuelve a los gavilanes de la pluma y la distribución del trabajo le recuerda cosas sabidas: «Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas» [20], «hay [...] siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los los casos y cosas que en el mercado acaecen» [21], «hay [...] otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden» [22]. Un investigador tan riguroso como Miguel León-Portilla ha escrito que

> al igual que el mercado de Tlatelolco, existían otros muchos, algunos de ellos probablemente desde los tiempos toltecas. Tal es el caso del célebre mercado de Cholula en el Valle de Puebla y de otro como Azcapotzalco.

---

[19] Capítulo XCII de la *Historia de la conquista de la Nueva España.*
[20] *Segunda relación,* edic. cit., pág. 51 *b.*
[21] *Ibidem,* pág. 52 *a.*
[22] *Ibidem,* pág. 52 *b.*

y aumenta la nómina con los de Xalapan, Coaixtlahuacan, Nochiztlán, Puctla «y otros en el estado de Oaxaca»[23]. Mercado importantísimo fue el de Xicalango, en el Golfo de Méjico, avanzada hacia el mundo maya: allí estableció Moctezuma una guarnición al mando de su propio hermano, que debería atacar y conquistar Yucatán, pero la llegada de los españoles segó, sin granar, el proyecto[24].

La situación de estos mercados mejicanos es la de todos los mercados; su sentido para la lingüística rebasa —también— lo estrictamente local. Cuando la comunidad practica un tipo de vida abierto, el mercado es camino de toda suerte de intercambios, incluido el lingüístico; entonces actúa como vía de progreso y modernización[25]; si —por el contrario— es instrumento de una economía cerrada, todo lo que hace es mantener la inercia de las viejas posiciones.

La eficacia de los mercados en una economía abierta con facilidades para el intercambio y la comunicación es —lingüísticamente hablando— un camino franco; igual que la ósmosis y la acción de los adstratos. Si acabamos de ver cómo el mundo azteca, a través de sus mercaderes, se proyectaba hacia Yucatán y, añadamos, las regiones mesoamericanas del istmo, la situación tenía un claro paralelismo —sin salir de nuestro propio mundo cultural— en la historia de la Península Ibérica[26]. Incluso los procedimientos de conquista no debían diferir mucho, a pesar de los siglos transcurridos: Catón expulsó de su ejército a los abastecedores porque «la guerra se alimentaba de sí misma» (en vez de comprar el trigo —digamos el maíz— era preferible arrebatárselo a los indígenas) y la venta de los vencidos como esclavos fue un negocio harto lucrativo. Todo esto hizo que en el Viejo Mundo —como luego en el Nuevo— la explo-

---

[23] *Imagen del México antiguo,* Buenos Aires, 1963, pág. 102.

[24] Vid. «Las Relaciones de Yucatán», en prensa en el *Homenaje a Lapesa.*

[25] Cf., por ejemplo, las explicaciones que se aducen en «Un problema de lenguas en contacto» y U. Weinreich, *Languages in Contact,* La Haya, 1963, pág. 90. La importancia del comercio en los cambios lingüísticos pueden afectar a hechos tan importantes como la sustitución de los numerales: en pame del norte (Acapulco) *ocho* es reemplazado por *peso,* ya que los *pesos* españoles estaban formados por *ocho* reales (vid. Doris Bartholomew, «Los numerales *uno* a *diez* en los idiomas otopameanos», *El Simposio de México.* Enero de 1968. *Actas, informes y comunicaciones,* México, 1968, pág. 284. Citaré *SMéx.*).

[26] Voy a extraer mi información de Antonio García Bellido, *Los «mercatores», «negotiatores» y «publicani» como vehículos de romanización en la España romana preimperial* («Hispana», 26, 1966, págs. 497-512.)

tación minera, a expensas de los enemigos sojuzgados, se convirtiera en importante fuente de ingresos, y que las comunidades que no se incorporaban al vencedor padecieran un trato muy duro. Por el contrario, la sumisión y fidelidad era pagada con protección y honores; tal el caso de Gades y los Balbos, en la romanización de Hispania, o de Tlascala y sus reyezuelos, en la castellanización de la Nueva España.

Lo que en líneas anteriores se ha descrito como propio de la situación actual del estado de Oaxaca es justamente —y volvemos a encontrar paralelismos antiguos— lo que historiadores y economistas consideran como causas de la desintegración del imperio romano: la actividad comercial quedó reducida a traficar con unos pocos objetos suntuarios, a los que sólo tenían acceso las clases más acomodadas; la moneda —sin posibilidad de inversión— fue sustituida por el trueque [27]; los poderosos, adquieren la tierra como única inversión segura; los campesinos viven precariamente y sobre ellos se ceban los usureros. El dinero no se invierte en la producción, sino que se convierte en objeto de especulación y derroche. Estas ideas de F. Lot [28], N. A. Maskin [29], M. Almatov [30], G. Giannelli - S. Mazzarino [31], M. J. Rostovtzeff [32], resuenan con fidelidad en el *Proyecto Oaxaca*:

> Dentro de la ideología de la producción se encuentra la economía de prestigio, que está basada en el gasto de la riqueza, no en su inversión— con objeto de obtener un status y prestigio social (mayordomías, cargos, fiestas del pueblo, etc.). De este modo nunca hay excedentes para reinvertir y poder crear capitales [...]. La producción es muy deficiente. Esto lleva al indígena a buscar ingresos adicionales por medio de las artesanías, el peonaje y la recolección [33].

---

[27] Otro tanto sucede en sociedades primitivas y marginadas; cuando se intenta comprar de los lacandones, la respuesta es: «no quiero dinero, dinero no sirve» (Raúl Anguiano, *Expedición a Bonampak*, México, 1959, pág. 60.)

[28] *La fin du monde antique et le début du moyen âge*, Paris, 1938; *Les invasiones germaniques. La pénétration mutuelle du monde barbare et du monde romain*, Paris, 1955.

[29] *Istoria Romei antice*, Bucarest, 1951.

[30] «O etapă nouă în studiul problemei perioadei de tranzitie de la antichitate la evul mediu», en *Studii şi cercetări de istorie veche*, 1, 1950.

[31] *Tratato di storia romana*, Roma, 1956.

[32] *Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford, 1959. [Traducción española de Luis López Ballesteros (2 vols., Madrid, 1937)].

III. INCORPORACIÓN DE LOS INDÍGENAS

Resulta entonces que la integración debe buscarse por caminos totalmente distintos de los habituales: hay que incorporar a las sociedades marginadas rompiendo la sobreestructura con la que se defienden de un medio que social y económicamente les es hostil. Y hay que arriesgarse a unos frutos —hoy por hoy— precarios si se quiere alcanzar un «desarrollo real y no ficticio en el futuro». Porque la sociedad mestiza crece y prospera en un sentido mucho mayor que los grupos marginados de indígenas, aunque éstos —no cuantitativamente, pero sí numéricamente— crecen de día en día; sin embargo, su realización como integrantes de las sociedades nacionales sólo podrá cumplirse cuando se diluyan en unas estructuras ya mestizas. Las consecuencias de estos hechos fueron vistas con total clarividencia por Ángel Rosenblat:

> En algunos países el mestizo domina toda la vida nacional: economía, política y cultura. En ese mestizaje, que representa lo autóctono fundido con la sangre de Europa, tratan de sustentar algunos países su orgullo nacional. Pero el mestizo se orienta cada vez más hacia las normas de la cultura occidental. Es la supervivencia y, en el futuro, la superación del indio[34].

No es el mestizaje biológico el que aquí nos interesa, sino el cultural, y esos procesos que acabamos de apuntar se cumplen, precisamente, a través de la lengua. Hace bien pocos años, se abrió en Méjico —sobre el viejo Tlatelolco— la hermosísima Plaza de las Tres Culturas: una lápida —harto veraz— da fe del mestizaje actual. Por eso, la pretensión de cualquier estado es la incorporación del indio a la vida nacional, incorporación que nada tiene que ver con determinantes sanguíneos. Un día —setiembre de 1964— había llegado a Palenque en una minúscula avionetita. Otra estaba a punto de salir hacia Bonampak. Un chiaponeco me hablaba de los lacandones; en mi conversación rehuía —con todo cuidado— emplear la palabra «indio»; lo era, y harto puro, mi interlocutor. Y espontánea-

---

[33] Bravo-Garza, *op. cit.*, pág. 7.
[34] *La población indígena*, ya cit., I, págs. 28-29.

mente la voz afloró: «los *indios* también son inteligentes; vinieron dos y aprendieron castellano y hasta a manejar un camión». Indio nada tiene que ver con la sangre, sino con otros comportamientos. Los gobiernos los señalarán de una u otra forma: no dormir sobre cama, caminar descalzos, ignorar la lengua nacional, etc. Hechos que pertenecen a la cultura y no a la biología. Los lacandones —a punto de extinguirse— son indios para el hablante de Palenque porque viven en la selva, marginados, sin incorporarse a la vida nacional gracias a la lengua, que apenas si alguno de ellos conoce[35].

Esta inclusión del indio en la organización total del país significa un cambio de cultura, con todas las implicaciones que ello supone, pues no se trata de la palanquita que cambia la melodía del aristón, sino que el paso de una a otra cultura significa —también— la incorporación de unos nuevos comportamientos —o *mores*, según los sociólogos —a lo que tradicionalmente era un bloque compacto. Claro que el cambio de cultura no se produce a toque de campana; los estados nacionales cobran conciencia de los hechos en un momento determinado y, hoy, con una sensibilidad de que antes carecieron. Pero es cierto que raro será el grupo indígena de América que no se encuentre desde hace siglos bajo el peso de una cultura que trata de imponérsele. Cuando Herbert R. Harvey estudia los *Términos de parentesco en el otomangue*[36], descubre que «hay pocas localidades que no hayan adoptado al menos unos cuantos términos de parentesco españoles» (p. 6), porque

> los estudios del cambio de término de parentesco han mostrado que los términos de parentesco por lo general no son prestados, sino más bien que los cambios terminológicos reflejan una readaptación interna que sigue a cambios en otros aspectos de la organización social (p. 6)[37].

---

[35] Otro tanto puede decirse de los cayapas (276 según el censo de 1950) y colorados (unos 500) de la costa del Ecuador, que pertenecen al grupo chibcha. Los esmeraldas desaparecieron en el s. XI. Para Venezuela son fundamentales los informes de A. Rosenblat en «La influencia indígena» (apud *Buenas y malas palabras*, t. IV, Caracas-Madrid, 1929, págs. 109, 113, *passim*).

[36] Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1936.

[37] El grupo otomangue ocupa la parte del istmo de Tehuantepec comprendida entre la costa del Pacífico y amplias zonas del interior, con irradiaciones hacia el norte. (Véase el mapa que incluyen Mercedes Olivera y Blanca Sánchez en su *Distribución actual de las lenguas indígenas de México*, 1964, México, 1965.)

La transculturación empieza por la lengua. Pero, ante la lentitud de todos los métodos tradicionales, se han ideado una serie de proyectos que facilitan la penetración de la lengua nacional. M. Swadesh, P. Kirchhoff y N. McQuewn aplicaron por 1940 un viejo método que en los primeros tiempos de la Colonia había dado buenos resultados: las escuelas indígenas. Por eso en el proyecto tarasco se atendió principalmente a cuatro aspectos: 1) alfabetización en lengua materna antes que en español; 2) empleo de la lengua indígena en la explicación de materias elementales; 3) aprovechamiento de los mejores métodos pedagógicos y 4) empleo de maestros nativos [38]. Los resultados fueron —al parecer— muy positivos: no sólo los hombres saben español, sino que «las mujeres también lo emplean» [39].

El problema está en conocer el arraigo que estos logros consiguen. Porque el propio Swadesh ha dado información sobre la discontinuidad del trabajo. Y, si la acción no se prosigue, los grupos indígenas seguirán marginados y con la conciencia de la inutilidad de sus esfuerzos. Por eso se han señalado las causas que vienen limitanto el éxito de las soluciones ensayadas: carencia de metodología adecuada, estatismo de los proyectos, dispersión geográfica de los intentos, diversidad de los organismos responsables y falta de consideración de los factores que determinan los cambios sociales [40].

IV. ALFABETIZACIÓN Y CASTELLANIZACIÓN

La llamada de atención de los lingüistas tiene un sentido muy claro, que los gobiernos no siempre han entendido. Porque de las observaciones que acabo de hacer y otras que obtendré al extraer unas conclusiones más amplias, resulta —tal es el caso del Perú— que se confunde «alfabetización» con «castellanización» [41], con lo que

---

[38] M. Swadesh, *SBloom.*, ya cit., pág. 214.

[39] Lógicamente, la penetración es mucho más fácil en los núcleos de diferenciación dialectal muy grande. Así en mazateco, donde recurren al castellano para entenderse hablantes de la misma lengua, pero de dialectos muy distintos. Recuérdese lo que ocurre entre pastores vascos de dialectos franceses o españoles de los Estados Unidos que, ante la incomprensión de su lengua nativa, tienen que recurrir a otra para comunicarse.

[40] Bravo-Garza, *op. cit.*, págs. 9-10.

[41] Ténganse en cuenta los informes, importantísimos en sí y de la máxima

los resultados para la integración de los indígenas son muy escasamente aprovechables. Alberto Escobar señaló hace unos años que el Ministerio de Educación de Perú, al considerar el español como lengua oficial vino a caer en el yerro de creer que todo el país —salvo la Amazonia— es monolingüe. Los datos que el investigador facilita son impresionantes: más del 50 por ciento de los peruanos no hablan español [42]:

> Grandes grupos humanos en la región andina hablan quechua y aymara, lenguas que a su vez comprenden una serie de dialectos; además, en la región amazónica existe una enorme variedad de tribus selváticas con diferentes lenguas, cuyo número tampoco se conoce con exactitud [...]. Es posible, incluso, que se dé el caso de lenguas que, como el jaraco, hasta hace muy poco, no hayan sido estudiadas ni en forma elemental.

Entonces —como bien señala Escobar— el erróneo planteamiento de las cuestiones, lejos de acercar a los peruanos no hace sino «afianzar las barreras lingüísticas que impiden la comunicación», con lo que se retarda la incorporación de los indígenas a la vida nacional. Resultado negativo de un problema que —si bien es conocido— no se interpretó con justeza. Posteriormente, y gracias al esfuerzo de los lingüistas, se estableció un *Experimento de alfabetización y castellanización,* con lo que se asentaban claramente las diferencias de uno y otro propósito, aunque ambos condujeran a ese fin de romper las estructuras que mantienen marginadas a ciertas comunidades. Claro que los primeros logros de una empresa semejante han de proyectarse sobre descripciones lingüísticas, paso previo para el conocimiento de la realidad del país y exigencia liminar si se quiere pisar sobre seguro, y no estar volviendo —de continuo— a los puntos de partida [43]. Aquí, como en Méjico, los resultados del bilingüismo son los mismos: en primer lugar, la lengua oficial se asienta junto a la indígena; después, la va erosionando [44] y, por fin, hace prever

---

responsabilidad por la persona que los emite, de Alberto Escobar en el *SCartag.*, pág. 73.

[42] Calcula en 12 millones la población del país.

[43] En 1967, el *Plan de Fomento lingüístico* publicó las *Cuatro fonologías quechuas,* de A. Escobar, G. Parker, S. Creider y R. Cerrón, que ilustran el conocimiento de áreas muy poco estudiadas (Yanacocha, Caraz, Picoy y Wanka.)

[44] Así consta, por ejemplo, en la *Gramática del quechua ayacuchano,* de Gary Parker (Lima, 1965): «El alófono más fuerte del acento primario acompa-

su total extinción. Cierto que las lenguas no se extinguen por completo sino que dejan —como adstrato— algunos elementos que condicionan a la lengua que se impone o —como substrato— tienen ecos para siempre en la entonación y en la fonética. Rodolfo Cerrón da testimonio de la situación, con una gran objetividad científica, aunque su postura sentimental no coincida con ella:

> Al lado de estos [préstamos antiguos del español] hay otros préstamos de más reciente incorporación, los cuales generalmente, al ser admitidos por la lengua aborigen, arrastran consigo fonemas que alteran su fisonomía, por lo menos a nivel fonológico [...]. Estamos seguros de que el sistema aquí presentado habrá variado en el lapso de algunos decenios, si es que para entonces el español todavía no logra exterminar la lengua nativa, con gran lástima por cierto[45].

Ahora bien la lengua oficial no sería suficiente para eliminar a todas estas variedades indígenas si, al mismo tiempo que el bilingüismo, no se fueran creando unos nuevos puestos de trabajo o unas nuevas ocupaciones que han de ser servidas por una minoría indígena conocedora de la lengua nacional[46]. En definitiva, problema de sociología que debe escudriñar el comportamiento individual ante la realidad que es la propia lengua, y que no se puede separar de otros hechos históricamente conocidos. Sin prejuzgar un fin rápido o lento de las lenguas minoritarias —los yerros de los vaticinadores son tan grandes que evitan cualquier tentación— merece la pena meditar estos hechos a la luz de algún otro: choca la rapidez con que desapareció el celta de Galicia en la época latina, a pesar de sus títulos de nobleza (civilización con tradiciones muy viejas, poseía una literatura oral), pero se encontró un latín que le aventajaba en valor utilitario, en gloria literaria, en prestigio general; entonces, las clases dirigentes fueron ganadas por las ventajas morales y materiales que les garantizaba el conocimiento del latín y, añado por mi cuenta, para conservar entre los vencedores sus privilegios de grupo, con lo que vino a desaparecer la lengua de los vencidos[47].

ña el centro de una entonación. Los hablantes bilingües con frecuencia introducen palabras de acuerdo con los patrones castellanos» (pág. 12).

[45] *Fonología del wanka*, en la obra citada en la nota anterior, pág. 57.

[46] Vid. John J. Gumperz, *On the Ethnology of Linguistic Change* (apud *Sociolinguistics*, edit. William Bright, La Haya-París, 1966, pág. 29, especialmente).

[47] Vendryes, *La mort des langues*, ya cit., págs. 9-10. También en la coloni-

Claro que no hemos de ver, únicamente, factores negativos en la acción de la lengua oficial, aunque sus resultados acaben siéndolo. En 1550, se decidió que la instrucción religiosa de los indígenas se hiciera en castellano [48], pero el Concilio III de Lima (1583)

> ordena que se les enseñen a los indios las oraciones y el catecismo en su propia lengua, sin obligarlos a que aprendan la nuestra si no es por su voluntad. A consecuencia de esta recomendación de Lima aparece la rica serie de libros, debidos principalmente a los jesuitas [49].

Como muchas veces se ha señalado, no hubo uniformidad de criterios entre las autoridades, pues, mientras la Corona quería imponer el español, la Iglesia prefería las lenguas indígenas. Pero —de cualquier modo— se sintió un principio coactivo en favor de la lengua del Estado, que tenía —además— el poder de su fuerza; por más que la acción de los clérigos fuera entonces mucho más fuerte y eficaz que la que podían inspirar unos principios puramente religiosos. Baste recordar las cátedras de lenguas indígenas en Méjico, Lima y Quito y alguna otra de importancia secundaria, pero —a pesar de todo— el prestigio del español aumentó de tal modo que la cédula de Carlos III (1770), insistiendo en imponer a los indios la lengua oficial, fue el resultado —según Morínigo— del fracaso de la doctrina de la Iglesia y el «definitivo retroceso de las lenguas indígenas» [50]. Al cabo de los años se ha vuelto a la situación primitiva: la catequización en castellano. En 1512, el franciscano Alonso de Espinar regresaba al Nuevo Mundo con otros compañeros suyos; en Sevilla compró a Jacobo Cromberger «dos myll cartillas de enseñar a leer». La noticia impresiona hoy: en cualquier sitio comprar dos

---

zación de América se daba instrucción a «la gente baja», pero el mayor empeño iba hacia la «principal», convertida en auxiliar de la labor misionera (Rosemblat, *PFLE*, 2, págs. 201-204, y «Contactos interlingüísticos en el mundo hispánico: el español y las lenguas indígenas», *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*, Nimega, 1937, pág. 148.)

[48] Vid. Antonio Tovar, *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, Buenos Aires, 1961, pág. 186. En 1579, muchos mayas eran ya «ladinos»; es decir, hablaban también español (cf. las conclusiones de *Las «Relaciones» de Yucatán*, que ya he citado).

[49] *Ibidem*, pág. 187.

[50] *Ibidem*, pág. 188. En Lima existió cátedra de quechua desde 1550, gracias a la generosidad del canónigo Rodrigo Pérez (cf. L. Castro, «La cátedra de lengua quechua en la catedral de Lima», *Nueva Coronica*, 1, 1963.

mil cartillas para enseñar a leer es una cifra más que respetable; pensemos lo que significaban para los escasos territorios que la Corona poseía —1512— en América [51], y no se olvide que —más tarde— cuando el imperio se ha dilatado, 12.000 cartillas se imprimen en Alcalá por Fr. Juan de Zumárraga, obispo de Méjico [52].

El problema de si —para un futuro— resultó negativa y contraproducente la liberalidad lingüística que se practicó a raíz de la conquista, no nos afecta en este momento. Conste —sólo— que plantea muy diversos problemas, parcialmente considerados por algunos investigadores [53].

V. LA TRANSCRIPCIÓN DE LENGUAS INDÍGENAS COMO VEHÍCULO DE TRANSCULTURACIÓN

Problema fundamental en estos procesos de transculturación es la de establecer un sistema gráfico. Porque si bien es cierto que en muchos sitios hay hablantes de lengua nacional que no saben escribir [54], el simple aprendizaje de una variedad oral del español resulta hoy insuficiente. El indio se transculturaliza no sólo hablando, sino también, leyendo y escribiendo. No entenderlo así es quedarse a mitad del camino y mantener unas masas analfabetas, que continúan siendo tan lastre como los analfabetos de la lengua nacional. El problema reviste un doble carácter: la eficacia que se obtiene con la enseñanza en lengua indígena debe potenciarse hasta el máximo. En teoría, saber la lengua vernácula escrita es, a la vez, un

[51] J. Hazañas, *La imprenta en Sevilla*, pág. 75, de donde copia E. Asensio en su edición del *Tratado del Niño Jesús*, de Erasmo. (Madrid, 1969, pág. 31). También A. Rosenblat trae a colación este informe en «La hispanización de América. El castellano y las lenguas indígenas desde 1492» (*PFLE*, pág. 194.) Para todo esto es imprescindible el capítulo II de la obra de Robert Ricard, *La conquista espiritual de México* (traduc. A. M. Garibay, México, 1947).

[52] Rosenblat, *art. cit.*, pág. 206, y A. Tovar, «Español, lenguas generales, lenguas tribales en América del Sur», en *Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso*, III, págs. 510-525. Trabajo este último donde se estudian las condiciones del bilingüismo hispanoamericano (págs. 520-521, especialmente).

[53] Rosenblat, *art. cit.*, nota anterior, págs. 210-211, y *Buenas y malas palabras*, IV, pág. 113.

[54] Véanse las consideraciones que hace S. Gudschinsky, «Techniques for Functional Literacy in Indigenous Languages and the National Language», *SBloom.*, pág. 225.

paso decisivo a la total alfabetización en castellano. La dificultad radica en que hay muchas lenguas que no tienen un alfabeto para su escritura y, añado, ni tienen tampoco literatura. Entonces, es necesario emplear el alfabeto castellano para conseguir un máximo de eficacia, incluso en la lengua materna.

Ya en 1965 el gobierno boliviano tuvo clara conciencia de estos hechos en un texto que voy a copiar y cuyas últimas palabras son harto significativas:

> La acción alfabetizadora se hará en las zonas donde predominen las lenguas vernáculas, utilizando el idioma nativo como vehículo para el inmediato aprendizaje del castellano como factor necesario de integración lingüística nacional. Para este efecto se adoptarán alfabetos fonéticos que guarden la mayor semejanza posible con el alfabeto del idioma castellano [55].

También Swadesh en los proyectos que colaboró partía de ideas afines a éstas:

> el proyecto mixteco, así como la segunda fase del tarasco, evitaba el uso de letras distintas a las del alfabeto español. Esto ayudó para evitar las sospechas de que se pensara desviar a los alumnos del aprendizaje del español [56].

Las observaciones son muy exactas, pero parten de algo que ya es propicio: la conciencia de que es necesario aprender la lengua nacional y el conocimiento previo. ¿Cómo si no esos neófitos sabían que las letras eran o no las de nuestro alfabeto? Creo que Swadesh parte de la situación más propicia y cómoda, aunque no la más probable. Sin embargo, en un plano teórico, su razonamiento es justo. Válido, por tanto, no sólo para los proyectos que analiza, sino para mucho más amplias realizaciones. Porque cuando se transcribe una lengua es necesario obtener un máximo de posibilidades combinatorias con un mínimo de signos utilizables. Es precisamente el problema que han tenido que resolver las gentes que, en otros ámbitos,

---

[55] *Código de educación boliviana,* Artículo 1.150, capítulo X. La tesis aquí sustentada es la de las Naciones Unidas y usada también en la experiencia guajira de Venezuela (vid. *Mesa redonda sobre el monolingüismo quechua y aymara y la educación en el Perú,* Lima, 1966, págs. 57 y 61.

[56] *Art. cit.,* pág. 218. En Perú, Bolivia y Ecuador los indígenas se resisten a ser alfabetizados en su propia lengua y sienten la necesidad de ser alfabetizados en castellano (*Mesa redonda,* pág. 72.)

se han enfrentado con las mismas dificultades. O con palabras de Albert Valdman

> la transcripción anota tan sólo la representación superficial, mientras que la escritura intenta representar la forma subyacente. Tanto en criollo como en francés, la forma subyacente y la estructura superficial no son isomórficas y, puesto que la ortografía francesa convencional representa en forma elegante y económica la forma subyacente en la estructura superficial, los pioneros en la elaboración de la ortografía del criollo cometieron un error al desechar sin razón las convenciones de la ortografía francesa [57].

Por eso, Swadesh acertó a ver con precisión el estado teórico de la cuestión, aunque —he señalado— discrepo de sus interpretaciones, y dudo también de sus ventajas. Resulta, pues, que castellanizar no es lo mismo que alfabetizar a los analfabetos. Este es un problema que existe por doquier, pero es independiente de que los indígenas conozcan o no la lengua nacional. En el Proyecto Oaxaca se interpretan los hechos con una visión mucho más amplia. Se parte, en efecto de la misma postura de Swadesh («alfabetizar en español a monolingües indígenas, [...] es innatural»), pero —inmediatamente— se formulan las reservas a ese alfabetizar en lengua indígena y enseñar a hablar en español. Sustancialmente son las siguientes: 1) El español se presenta como traducción de la lengua indígena, con las deficiencias inherentes a su enseñanza asistemática; 2) el material didáctico empleado sólo vale para unas pocas variedades, pues otras muchas son desconocidas en buena parte; 3) no es demasiado útil que el niño aprenda a escribir en una lengua —la suya— que carece de literatura, tradición gráfica, etc., 4) donde se alfabetiza en español, maestro y alumno no se entienden, y donde se alfabetiza en lengua indígena, el aprendizaje es lento e incompleto [58]. En vista de ello, se pretende

---

[57] «Variación lingüística y «estandarización» en Haití» (cf. *SMéx.*, pág. 309). Los problemas de normalización, nivelación y escritura son tratados por W. A. Stewart en «A Sociolinguistic Typology for Describing National Multilingualism» (cf. Fishman, *Readings*, ya cit., pág. 534) y los del desarrollo de los sistemas de escritura en los pueblos sin literatura, por A. F. Sjoberg, «Socio-cultural and Linguistic Factors in the Development of Writing Systems for Preliterate Peoples» (cf. *Sociolinguistics*, págs. 260-276).

[58] Bravo-Garza, págs. 24-25. Cf. Alberto Escobar, apud *Mesa redonda*, ya citada, pág. 27.

enseñar el español en forme *oral*, de una manera sistemática [... y] la metodología [...] debe ajustarse a las necesidades de los hablantes indígenas y [...] aplicarse sin discriminación a toda la comunidad[59].

VI. ESPAÑOL NACIONAL Y REGIONAL

Esto nos lleva a otro aspecto que debe atenderse: ¿qué español se va a usar, si lo que se pretende es enseñarlo de manera oral y ajustado a las necesidades locales? Porque en todos estos proyectos no suele darse sino una visión parcial de la cuestión: la lengua indígena. Se habla de su fragmentación, incluso falta de intercomprensión, empobrecimiento conceptual, etc. Pero no hay que creer que el español se presente como un bloque monolítico; es más, el español de cada región presentará unas determinadas particularidades de las que no podremos desentendernos[60]. Difícilmente se podrá enseñar una koiné nacional, cuando la lengua nacional presente diversidad de normas *orales* de realización. Estudiando el español yucateco pude dar una idea de su complejidad gracias —precisamente— a una serie de informantes elegidos sin prejuicios. Los elementos sociológicos que integran esa gran comunidad hablaban sólo castellano (los menos y siempre sujetos urbanos) o eran bilingües[61]; resultado de ese contacto lingüístico fueron unas conclusiones que afectaban a la articulación oclusiva de *b, d, g* (y no sus alófonos fricativos), la falta de *y* rehilada, la despalatalización de la *ñ*, la juntura abierta, la nasal *m* en posición final y la sustitución de *f* por *p*[62].

---

[59] *Ibidem*, pág. 25. Para este tipo de planeamientos, vid. E. Haugen, «Linguistics and Language Planing» (en *Sociolinguistics*, de Bright, ya cit., págs. 61-64); sus consecuencias afectan totalmente al conservadurismo de que habla Soustelle (*art. cit.*, pág. 9) y al renacimiento indigenista que señala en 1940 (pág. 10). Creo que son cosas distintas el conocimiento científico, sentimental, etc., del indio y pensar en su revitalización —como indio— lingüística y cultural.

[60] Humberto Toscano señaló, para el Ecuador, el absurdo de dar como enseñanza normativa la de países distintos del suyo (*SCartag.*, págs. 94-95) y otro tanto apunta A. Escobar para el Perú («Problemática de las lenguas nacionales», en *Letras*, núms. 80-81, pág. 10 de la separata.)

[61] Cf. «Nuevas notas sobre el español y el maya Yucateco» (en *SMéx.*, página 202). Naturalmente, no hice encuestas con gentes monolingües de maya.

[62] *Ibidem*, pág. 206. La redacción completa del trabajo (con los elementos romances) se publicó en *Ibero-romania*, 1, 1969, págs. 159-189.

Naturalmente, sería absurdo pensar en que cada parcela del mundo hispánico enseñara el español normal de la zona y no, cuando menos, la modalidad inteligible en toda la nación. Pero no menos absurdo será imponer un tipo de pronunciación —o de léxico— que ha sido rechazado por la comunidad tras cuatrocientos años de castellanismo oficial. Por eso parece lógico conocer cuáles son las modalidades locales que esos hablantes van a necesitar. Al menos en un primer nivel, la lengua que van a aprender se conformará con la norma habitual de la región. Si volvemos a considerar la situación en Oaxaca tendremos que un millón de habitantes (el 50 por ciento de la población) es de cultura indígena, aunque habla español, pero más de 200.000 personas ignoran la lengua nacional. Por muy negras que queramos ver las tintas, nada menos que 1.800.000 habitantes conocen el castellano. Un castellano en el que hay —también— diferencias[63], pero que funciona como vehículo de expresión, único, de un millón de hablantes y, junto a otras lenguas, de otros ochocientos mil[64]. Por toda la superficie del Estado se extiende una sobreestructura —más o menos diferenciada de otra de la República— pero que da unidad a la diversidad de hablas locales. Hay que tener en cuenta esta modalidad —o las modalidades de cada Estado— para poder resolver adecuadamente los numerosos problemas que el bilingüismo va a plantear (interferencias de sistemas, rechazo de sonidos, usos sintácticos, modalidades léxicas, etc.), sin que con ello haya que descender a la fragmentación dialectal, absurdo por una parte y contrario a los propósitos, por otra.

VII. CAMINOS HACIA LA INTEGRACIÓN

Porque esos propósitos han sido fijados —de una vez por todas— en los *Problemas de integración* de Oaxaca:

---

[63] Vid. M. Alvar, «Algunas cuestiones fonéticas del español hablado en Oaxaca (México)», en la *NRFH*, 18, págs. 353-377.

[64] Juan M. Lope Blanch, denodado trabajador, está estudiando la delimitación de las zonas dialectales de Méjico (testimonio de sus tareas en el *SMéx.*, págs. 255-261). El final de esta gigantesca empresa nos aclarará muchos problemas pendientes, o ilustrará a nuestra ignorancia.

> a mayor desarrollo cultural es mayor la tendencia a la uniformidad lingüística, porque aumenta la necesidad de intercambio cultural y de comunicación [...] el monolingüismo [indígena] y la fragmentación lingüística son la evidencia mayor del aislamiento y el marginalismo. Es indispensable una lengua común, base fundamental para el progreso uniforme de un país[65].

Y, en todas partes, los sentimientos son los mismos. El gobierno boliviano dispuso la alfabetización en lenguas indígenas para llegar a un mejor conocimiento del castellano «idioma oficial y de unificación nacional»[66].

Este planteamiento lleva los hechos a ciertas formulaciones de Weinreich[67]: la lengua nativa en los casos de bilingüismo sólo es válida hasta ciertos niveles. No resulta viable —económicamente hablando— montar un sistema de enseñanza media y superior sobre la base de una lengua minoritaria. En cualquier caso, faltaría el instrumento adecuado para impartir las enseñanzas y los docentes para ejercerlas[68]. Y quede aparte la intolerancia estatal para fomentar el cultivo de lenguas y culturas distintas de la mayoría. No queda, pues, otra solución que instruir a los indígenas en la lengua nacional y capacitarlos para acceder —a través de ella— hasta los niveles más altos de instrucción. Es preciso elaborar un sistema distinto de los tradicionales: la castellanización del niño da unos frutos raquíticos —con frecuencia se agostan en cuanto desaparece la ac-

---

[65] Bravo-Garza, pág. 23.

[66] D. Burns, en *SCartag.*, pág. 84. Se trata de un aspecto del «planeamiento lingüístico» que estudia E. Haugen en la *Sociolinguistics*, de Bright, ya citada, págs. 50-70.

[67] «Unilinguisme et multilinguisme», en *Le Langage*, dirigido por A. Martinet, Paris, 1968, pág. 683.

[68] Por otra parte, está el defectuoso conocimiento de las variedades de las lenguas indígenas, cuya agrupación hay que fijar muchas veces. En este sentido puede ser útil el intento de E. Bradley, *Metodología y práctica para determinar afinidades dialectales* (en *SMéx.*, págs. 264-269). Para dejar las cosas en su punto hay que decir que no se procedió nunca de igual manera para lenguas de carácter distinto, pues mientras la lengua de una pequeña comunidad se castellanizaba rápidamente, el conquistador usaba las lenguas generales para instruir a los indígenas con ellas (Tovar, *op. cit.*, pág. 189), con lo que Castilla vino a difundir alguna de estas lenguas por inesperadas superficies (vid. M. Alvar, *Americanismos en la «Historia» de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, 1970, págs. 39-40, y «Las «Relaciones» de Yucatán», en prensa en el *Homenaje a Lapesa*). Sobre estos temas, A. Rosenblat ha reunido una información importantísima (vid. «La hispanización de América», *PFLE*, 2, págs. 199-201).

ción de la escuela. Las conclusiones a las que llega Swadesh son, a mi modo de ver, un tanto utópicas, aunque —como tantas veces en su trabajo— tenga una clara visión de los problemas:

> No se debe menospreciar lo difícil que es para un pueblo ajustarse a normas radicalmente nuevas para él, como en muchos casos la de mandar sus hijos a la escuela diariamente. Por tanto es conveniente emplear los mejores métodos en la escuela y prestar atención a la relación que tiene con la comunidad[69].

Emplear «los mejores métodos» será útil desde un punto de vista práctico, pero queda —y es objeción que he formulado en algún otro momento— el problema de la continuidad de los frutos obtenidos. Desde la infancia se podrá ir cambiando la estructura mental de una comunidad por la doble acción que puedan ejercer esos niños: prestigio de conocer la lengua nacional y su proyección sobre los grupos nativos cuando hayan crecido en edad. Pero no hay que creer que todo el grano cae en buena tierra de sembradura: si no hay una conciencia inmediata de utilidad, la castellanización se empobrecerá o —incluso— desaparecerá; si los hábitos del grupo son muy fuertes, acabarán neutralizando la acción de la escuela puesto que su clan ejercerá una acción mucho más durativa que la efímera del maestro. Y no se piense que esto es un fruto del primitivismo de los indígenas, sino que se da en todos los sitios. En Estados Unidos se ha creado una especie de «reanalfabetización» en ciertas gentes: van a la escuela, aprenden a leer y a escribir; trabajan, y no vuelven a usar los conocimientos adquiridos. Cuando se incorporan al cuartel, les resulta difícil leer[70]. Estos informes que me dieron mis colegas de California podemos verlos comprobados —con otro sentido, pero con una acción coercitiva semejante— en nuestro país: en determinadas regiones, el dialectalismo se siente como una tara de la que hay que evadirse, en otras no. El grupo social impide en estos casos que prosperen las enseñanzas de la escuela —suponiendo que sean idóneas— y toda la presión de la colectividad hace que el hombre, en trance

---

[69] *El impacto sociológico*, ya cit., pág. 220, § 3.

[70] A. Escobar para describir la fonología del quechua de Yanacocha empleó a una mujer bilingüe, que de niña aprendió castellano y lo olvidó posteriormente; sólo dos estancias en la costa le permitieron recobrar su español (*Cuatro fonologías quechuas*, pág. 9).

de instrucción, acabe desentendiéndose de lo que es norma culta: catedráticos de lengua nacional que dicen *me se* u opositoras a lengua y literatura que emplean *ansina*. Y baste con esto, por excepcionales que las muestran sean.

En unos grupos muy trabados, como son muchos de los indígenas (defensa de su propia entidad contra las imposiciones extrañas, temor a ser explotados, recelo contra la pasividad de los gobiernos, etc.), ha de ser distinta la acción que lleve a la incorporación de tanta comunidad marginal: escuela elemental, nivel medio (humanista, técnico, etc.), nivel superior [71]. El bilingüismo debe motivarse en todos los puntos previsibles para que su eficacia sea duradera: en el espacio, en la mayor cantidad posible de lugares; en la estructura social, dentro de cada una de sus ordenaciones (niños y adultos, hombres y mujeres, labriegos y artesanos). Se trata —ni más ni menos— de crear una nueva conciencia en la que las comunidades mejoran (ventajas de un nivel de vida superior, beneficios de la medicina y de la higiene, etc.) y, a través de estos beneficios inmediatos, la incorporación de los grupos marginados a la marcha progresiva del país [72]. Es necesario que las cosas sean así, para mejora de gentes que viven en estado de miseria y para el desarrollo equilibrado de naciones en marcha, que no pueden caminar con el lastre de cientos de miles de personas ajenas a la obra que la colectividad ha emprendido. Las ventajas indudables y —ya— insoslayables exigen otros sacrificios.

---

[71] Como excelente planteamiento, véase el que se expone en los *Problemas de integración*, ya citados, págs. 10-28. Alberto Escobar ha formulado severos reparos a la pretensión de castellanizar sin alfabetizar en la lengua indígena (*SCartag.*, pág. 76.)

[72] Se consideran como elementos básicos de estos cambios a los «promotores», gentes de instrucción post-primaria, que llegan a todos los sitios y a todas las gentes, gracias a unos conocimientos técnicos adquiridos y a su pertenencia a la comunidad que estaba marginada. No se olvide nunca que el conocimiento de una lengua que se considera mejor no es sólo una necesidad de comunicación, sino un fin para mejorar el status social de un individuo; si los promotores son ejemplo de ese progreso, su eficacia será mucho mayor (cf. U. Weinreich, *Languages in Contact*, La Haya, 1963, pág. 78).

VIII. INTEGRACIÓN Y SALVAGUARDA DE VALORES

Todas estas realizaciones —parece inútil decirlo—

> [no tratan] de que el indígena olvide lo que es, salga de su comunidad, se cambie el vestido y olvide su lengua, sino que se trata de que valore sus características étnicas, sus patrones culturales, su lengua... y de que asimile lo que la sociedad moderna le ofrece para su propio desarrollo [73].

pero —también parece inútil decirlo— por mucho que se cuide el mantener la libertad cultural de estas gentes, acabarán sometidas o, lo que es peor, considerando su propia cultura como un mero objeto folklóricamente rentable. El libro de Rosenblat, al que me he referido más de una vez, pone el dedo en la llaga:

> «Mantener al indio» puede ser un ideal de folkloristas, pintoresquistas y etnógrafos, jamás un ideal político o cultural de ningún estado moderno. «Incorporación del indio a la vida nacional» fue una consigna de la revolución mejicana de 1910. «Incorporación», «asimilación», es decir, desindianización [74].

Y esto es el gran problema de Hispanoamérica. La necesidad de incorporar a millones de seres a una cultura que no es la suya, pero que señala un proceso irreversible. Volver a un pasado indígena es irrealizable porque —entre otras muchas cosas— ahí están esos millones de nacionales que —en cada país— no son indios, ahí están los mestizos, países enteros de mestizos. Cada una de las naciones

---

[73] Bravo-Garza, págs. 19-20.

[74] *La población indígena,* I, págs. 30-31. Más o menos esas son las palabras del *Código de educación boliviana* (1956), que siente la necesidad de la alfabetización para «incorporar a la vida nacional a las grandes mayorías campesinas, obreras, artesanales y de clase media, con pleno goce de sus derechos y deberes a través de la alfabetización en gran escala y de una educación básica» (Art. 2, § 4.)

Y se postula una alfabetización en lengua nativa para «pasar gradualmente al uso del castellano» (vid. Dolnald Burns, «La lingüística y los problemas de la lengua en Bolivia», en *SCartag.*, pág. 83).

En Méjico, Moisés Sáenz, «uno de los creadores de la escuela rural, la consideraba, en 1928, factor de integración que principia por dar voz castellana a cuatro millones de indios mudos» (A. Rosenblat, «Hispanización», ya cit., *PFLE,* 2, pág. 213.)

libres de América es el resultado de unos hechos históricos —buenos o malos, victoriosos o humillantes, elija cada quien según su posición sentimental— que están ahí, operando sobre la carne viva de los pueblos de hoy[75]. Es lo mismo que Cortés —el primer hombre que posee una conciencia de mejicano moderno— no tenga una estatua en Méjico o que Pizarro —junto a la Plaza de Armas de Lima— tenga la suya hermana de la de Trujillo. Que en el Hospital de Jesús, casi al ras del suelo, en el lado del evangelio, apenas se encuentren dos cuartas de mármol blanco con el nombre de Hernán Cortés de Monroy, o que una gran capilla —nave a la epístola— guarde los restos de Pizarro en una suntuosa catedral. En uno u otro caso, los resultados actuales son los mismos: mestizaje. Mestizaje biológico y mestizaje cultural. Volver a la vida azteca o a la vida del incario es imposible y, por supuesto, inútil regresión. Los pueblos jóvenes de América no pueden elegir: necesitan incorporar a su realidad histórica de hoy a todas las tierras a las que difícilmente llega el Estado, y a todos esos hombres que necesitan de ayuda y a quienes se necesita, y «el bilingüismo es la primera etapa en la extinción de una lengua indígena». Hecho éste que no se da sólo en las naciones de América; es la historia cumplida en todas partes: el heroísmo de Indíbil y Mandonio, el holocausto de Numancia y de Sagunto no pudieron hacer retroceder la historia. Y los españoles de hoy hablan una lengua neolatina porque las gentes que nacieron en este solar, antes de que Hispania se convirtiera en España, fueron bilingües. He aquí un proceso doloroso, lleno de situaciones conflictivas, pero —también— de un intenso dinamismo y con una gran puerta abierta hacia el futuro.

Desde nuestra situación de lingüistas asistimos a unas tentativas de incorporar las comunidades marginadas a las grandes empresas nacionales. Méjico es, acaso, el país donde más activamente se ha tratado de resolver cada uno de estos problemas y las soluciones propuestas, vemos, tienen un valor general. En unos casos, porque los caminos buscados son caminos que trillaron muchas plantas en situaciones semejantes; en otros, porque la situación actual es váli-

---

[75] Humanista de tan gran solvencia como Miguel León-Portilla, escribe unas palabras, que suscribo totalmente, al estudiar el legado de la América Indígena. No hay que «hacer supresión anacrónica e imposible de lo Occidental, que es ya también nuestro» (*El reverso de la conquista,* México, 1969, pág. 8.)

da para otras geografías. Tal puede ser el valor de la historia: experiencia vivida y todavía viva.

IX. LA ENSEÑANZA DE LA LENGUA OFICIAL Y EL RETROCESO DE LAS MINORÍAS. CONCLUSIONES

Un conocedor muy profundo de lenguas minoritarias de Méjico ha señalado con suma claridad la dificultad que incardina la enseñanza del español en las comunidades nativas.

> El número de lenguas indígenas americanas impresiona por dos razones: por la profusión de estructuras lingüísticas aquí representadas con su variedad cultural correspondiente, y por las numerosas situaciones lingüísticas y culturales que deben afrontar para solucionar los problemas de enseñanza de un segundo idioma de aplicación cultural más amplia. La primera nos impone una tarea descriptiva de gran alcance. La segunda requiere una serie de descripciones de contrastantes que abarquen tanto la lengua y la cultura indígenas como la lengua y la cultura nacionales [76].

Punto de vista —realidad indígena, lengua nacional— que no habrá que desatender si se quiere obtener unos frutos duraderos. Considerar —sólo— las modalidades indígenas no hace sino enfocar las cosas desde un aspecto muy parcial; hace falta —también— cuidar de ese otro factor de la integración, la lengua nacional. Precisamente, al formularse un proyecto muy ambicioso sobre el habla culta en las principales ciudades de Hispanoamérica, Juan M. Lope Blanch, creador y alma de la empresa, pudo señalar la importancia que tendría el conocimiento de las diversas normas nacionales para la castellanización de los indígenas [77].

Se infiere de ello unos resultados importantes para la lingüística general: lenguas poco o nada conocidas por su escaso significado histórico y cultural, acceden así a estudios de carácter mucho más

---

[76] Norman A. McQuown, *La tarea lingüística cultural y pedagógica en relación con los grupos no-ibéricos de América latina* (en *SBloom.*, pág. 182). Sólo en Méjico, son 50 los grupos autóctonos, fragmentados en multitud de subdivisiones.

[77] Juan M. Lope Blanch en el *SBloom.*, págs. 260-261, § b.

amplio y universal, aportando sus elementos funcionales[78]; de otra parte, se obtienen los materiales más ricos y variados para conocer los problemas del bilingüismo y los de su propia condición; para establecer la correspondencia entre clases sociales y grupos étnicos; para conocer las correlaciones entre elementos que se transculturalizan y los que mantienen los usos antiguos.

Aunque la castellanización tenga que darse en todos los niveles, si se pretende la total incorporación de las comunidades indígenas, es lógico que las generaciones más jóvenes sean más permeables a la recepción de todas estas acciones[79] por cuanto están más próximas a una serie de motivos cada vez más operantes (la escuela, las vías de comunicación, los intercambios mercantiles): así consta en Yucatán[80] o en ciertas áreas del Perú[81]. Conforme el bilingüismo se acreciente, aumentará el prestigio social del castellano en todos los niveles venciendo la inercia en favor de las nuevas estructuras[82]. Porque las hablas indígenas —abandonadas a su suerte— difícilmente enriquecen su propio acervo, ni son capaces de adaptarse a las nuevas necesidades[83]. De las funciones que cumple la lengua nacio-

---

[78] Joseph E. Grimes señaló cómo Pike «nunca hubiera postulado su teoría tagmémica» sin conocer los problemas de análisis gramatical que plantean varias lenguas de Mesoamérica («El estado actual de los estudios descriptivos de lenguas amerindias en Latinoamérica» (en *SBloom.*, pág. 190).

[79] En ocasiones, los niños son monolingües, como en tarasco (Swadesh, *SBloom.*, pág. 213), pero creo que esta situación varía en cuanto salen de la férula materna. Entre hablantes de español, pude comprobar que un niño iba en ocasiones con los rasgos fonéticos de la madre, pero en otras, no. («Polimorfismo y otros aspectos fonéticos en el habla de Santo Tomás Ajusco, México», en el *Anuario de Letras*, 6-7, 1966-1967, pág. 40, § 37.)

[80] Vid. *SMéx.*, pág. 202.

[81] J. Creider, «Fonología del quechua de Picoy» (en *Cuatro fonologías quechuas*, pág. 43): «El bilingüismo varía mucho. Todos entienden el quechua y casi todos entienden el español. Los niños residentes en el pueblo hablan sólo el español y, muy a menudo, no pueden hablar en quechua. Los niños residentes en las estancias son completamente bilingües. La mayoría de las mujeres hablan quechua solamente y los hombres se dividen, más o menos en partes iguales, entre hablantes habituales del quechua y hablantes habituales del español».

[82] Los yaquis jóvenes «hablan el español con mucha facilidad»; en general es pueblo bilingüe (vid. Jean B. Hohnson, *El idioma yaqui*, México, 1962, pág. X. El yaqui es una lengua nahua hablada en Sonora (Méjico).

[83] Baste pensar en el guaraní, que tiene consideración de lengua nacional, incapaz para expresar —según sus hablantes— conceptos harto triviales en la vida de un hablante instruido (vid. J. P. Rona, «The Social and Cultural Status of Guaraní in Paraguay» (en *Sociolinguisties*, págs. 277-298).

nal nos interesan ahora la unificadora y la de prestigio [84]. La primera es aducida taxativamente en Méjico o, como fundamento de la propia nacionalidad, por el gobierno boliviano. Países jóvenes los de Hispanoamérica tienen un carácter fuertemente nacionalista: la unificación de todas las tierras y de todos los hombres se hace —y cada vez más— con los elementos que dan cohesión al país [85]. En tal sentido, la lengua oficial no puede ceder —ni siquiera por patriotismo— al mosaico de las lenguas nacionales. Cuando el 3 de octubre de 1970 la Plaza de Armas de Lima era un impresionante mosaico de trajes y de rostros, cuando los indios venidos de todas las comunidades y de todas las punas traían el abigarramiento de su diversidad, sólo una cosa los unió —contra la oligarquía, contra el explotador extranjero, contra el pasado y en favor del futuro: el español que les hablaban, aunque para algunas de esas gentes fuera una lengua imperfecta o escasamente conocida.

En cuanto al prestigio, desde siglos, sólo lo tiene la lengua oficial. En la Colonia, por ser el castellano la lengua de los vencedores; en la Independencia, porque las comunidades de indígenas siguieran marginadas y, en todo tiempo, porque la literatura se escribió en la lengua oficial. Se vino a crear de este modo una escisión entre la lengua nacional y las de los grupos nativos, trasunto fiel de la correlación que había separado a las etnias precolombinas de los blancos (españoles o no) y de los mestizos asimilados. Y vino a resultar —entonces— que sólo la lengua oficial se identificó con la idea de nación. Por otros caminos, los lingüistas norteamericanos han llegado a posturas semejantes. M. A. K. Halliday expone —entre otros principios— un concepto bastante sofístico de lo que es la nación, o —a los menos— muy simple y esquemático; con lo que resulta de aplicación válida tan sólo para aquellos casos de uniformidad lingüística dentro de un territorio, o se cae en el extremo de inventar lenguas distintas para lo que es una unidad lingüística no constreñida a los límites políticos de un solo estado:

---

[84] P. Garvin-Mathiot, «The Urbanization of the Guaraní Language: A Problem in Language and Culture» (en *Readings in the Sociology of Language*, edit. J. A. Fishman, La Haya-Paris, 1968, págs. 369-370).

[85] Caso excepcional es el del Paraguay, pero —así y todo— véase lo que dice el autor que se cita en la nota 83 y los informes de M. Morínigo y A. Rosenblat en el trabajo de este último (*PFLE*, 2, pág. 215.)

> a nation, in one view, is defined by language as well as by other factors. On the other hand, the category of 'nation' defined politically has sometimes been used in linguistics to give an institutional definition of 'a language': in this view 'a language' is a continuum of dialects spoken within the borders of one state [86].

Los problemas de bilingüismo que se van a producir ahora (dirección científica, vigilancia estatal) no serán del mismo tipo que los que dieron pie para la formación de las hablas criollas, pero en este período de vida común de las dos estructuras habrá muchas interferencias, cuya naturaleza es difícil de prever. Pero, porque hay unos conocimientos y unos cuidados desconocidos antes, se podrán describir los diversos tipos de influencia recíproca y, a través de índices de frecuencia, se intuirán las líneas de adopción o los límites de la adquisición total de una lengua. Problema de lingüística general que vendrá a dar luz a las viejas discusiones de los partidarios o enemigos del sustrato. Y no puede olvidarse que está hoy en trance de revisión la facilona tesis de la acción sustratista en el español de América [87], que el español de América —con su sorprendente unidad a pesar de la infinidad de grupos indígenas a los que se enfrentó— es un testimonio hostil a la pretendida fragmentación de una lengua cuando se extiende sobre inmensas superficies o a su degradación, cuando choca con estructuras bien trabadas, y, por el contrario, es la comprobación más espectacular de la formación de un tipo lingüístico único, a pesar de integraciones producidas desde muy diversas procedencias [88].

---

[86] «The Users and Uses of Language» (en J. A. Fishman, *Readings*, ya cit., pág. 139. Para los sociólogos «en nuestra civilización actual la nación continúa siendo la más efectiva de las comunidades» (Iver-Page, *op. cit.*, pág. 310.)

[87] Vid. Juan M. Lope Blanch, «El léxico indígena en el español de México, México, 1969, págs. 9-21, y A. Rosenblat, «Contactos interlingüísticos en el mundo hispánico: el español y las lenguas indígenas de América» (en *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*», Nimega, 1967, pág. 147). Merece la pena aclarar conceptos sobre lo que se viene entendiendo por sustrato y que —en definitiva— no es sino influencia de una lengua sobre otra; como sustrato se debe considerar «la acción de la estructura de una lengua sobre la estructura de otra» (B. Malmberg, «Encore mal fois le substrat», en *Studia Linguistica*, 16, 1962, págs. 41-42.)

[88] Véase J. Fourquet, «Langue, dialecte, patois», en *Le Langage*, dirig. A. Martinet, Paris, 1968, pág. 582.

Desde el lado de la lengua oficial, estas grandes empresas de integración van a tener una enorme importancia. Porque no sólo ayudarán al mejor conocimiento del español que se quiere enseñar, sino que —si se orientan en el sentido que hacen prever algunos planteamientos— darán conciencia de las modalidades regionales y formarán variedades supralocales que han de irradiar sobre áreas muy dilatadas desde las localidades elegidas como centros de influencia (la escuela local sobre las aldeas; el centro de tipo medio sobre las escuelas y los núcleos urbanos de importancia secundaria; los centros superiores sobre todos los demás y las ciudades más relevantes) y, de nuevo, un problema de lingüística general, mucho más amplio de los que se piensan para Estados Unidos o Australia: lenguas en contacto, creación de unas series de normas regionales, *standardización* en un tipo común, que no podrá ser exclusivamente nacional, porque la dispersión de los grupos indígenas no se conforma a los límites estatales, etc. [89].

Y, por último, esta acción organizada desde todos los niveles culturales, llevará a la integración de una cultura en otra —con tantos matices diferenciales como se quiera, con tanta originalidad como se comprueba cada día—, pero no se crearán «lenguas criollas» porque el ideal lingüístico de la nación y la fuerza coercitiva del estado ven en la unidad la única posibilidad de subsistir como naciones libres. Y la enseñanza —hecho cultural, no fórmula de compromiso— lleva a extender la norma que en una región rige sobre el ámbito que gravita en torno de ella. Y las condiciones socio-económicas de la lengua oficial (prestigio urbano, mejora del nivel de vida a través de ella, especialización técnica —y aumento subsiguiente de salario— en las escuelas que imparten sus enseñanzas en español, etc.), impiden que esa lengua se desvirtúe; adquirirá modalidades regionales dentro de la unidad, pero sin fragmentarla [90].

---

[89] Por supuesto, tampoco será desdeñable la influencia de la norma nacional sobre cada una de las normas regionales, véase —por ejemplo— la información de S. M. Ervin-Tripp, en «An Analysis of Language, Topic and Listener» (en Fishman, *Readings*, ya cit., pág. 200).

[90] Por otra parte, serán distintos los problemas que se planteen cuando la lengua oficial se oponga —por los nuevos métodos— a otras indígenas de escasa importancia (cultural y numérica) y no a las más sólidamente asentadas, y los resultados serán diferentes si el bilingüismo es corto o largo (para esta última cuestión, vid. John Gumperz, «Linguistic and Social Interaction in two Communities», en *American Anthropologist*, 66, 1964, págs. 137-153).

He aquí, pues, una enorme aplicación de los hechos de la llamada «lingüística institucional», aunque su magnitud supera cuanto hasta este momento sabemos de tales problemas. Se trata —ni más ni menos— de crear, a través de la lengua, el sentido moderno de nación (responsabilidad suprema de cualquier Estado organizado), de liberar a millones de seres que pertenecen a comunidades marginadas por consecuencias históricas anteriores, simultáneas o posteriores a la época colonial, de romper las barreras de introversión que impiden el acceso de estos grupos a la vida colectiva del país, de igualar ante derechos y obligaciones a todas las gentes, sean cuales sean sus colores o sus mores. Pero con respeto hacia lo que individualiza a cada grupo de todos los demás. Principio teórico que como hombres suscribimos en cada momento, aunque —desde la experiencia exigible al científico— se vea de difícil realización, por cuanto de los conjuntos que se enfrentan uno se muestra como liberador de un pasado que hay que superar y, otro, como inmersión en unas estructuras que —desde siglos— vienen explotando a los grupos más débiles [91]. Con lo que se habrá cumplido, una vez más, la tesis de que los factores externos condicionan también a la estructura interna de la lengua, y se vendría a confirmar las palabras de William F. Mackey de que el bilingüismo no se puede describir en la lingüística, sino más allá de ella, en un complejo de relaciones psicológicas, lingüísticas, sociales y, no quisiera ser redundante, sino aclarador, culturales [92].

MANUEL ALVAR

---

[91] Lo que, es inútil decir, no prejuzga la superioridad de una lengua o de una cultura, sino —simplemente— la posibilidad actual de sobrevivir. Desde un punto de vista sociológico las cosas son semejantes a las lingüísticas, vid. Iver-Page, *op. cit.*, pág. 406.

[92] «The Description of Bilingualism» (en Fishman, *Readings*, pág. 583). Ideas semejantes en E. Haugen, «Linguistics and Language Planning», en *Sociolinguistics*, de Bright, pág. 67); para Vendryès el lingüista que analice estos hechos debe ser historiador y sociólogo (*Mort des langues*, ya cit., pág. 8.) Por su parte, Dell Hymes señala cómo el lenguaje debe tener un puesto en la cultura considerada como un todo («Two types of Linguistic Relativity», ibidem, pág. 118).